



Reconstruir la soberanía

México en la globalización

Luis González Souza (*coordinador*)

Julieta Campos ■ Rosa Albina Garavito

Iván Azuara ■ Emilio Krieger

Silvia Gómez Tagle ■ Magdalena Gómez

Hugo Aboites ■ Florence Toussaint

Cecilia Loria ■ John Saxe-Fernández

Alberto Arroyo ■ Rosamaría Villarello

Alonso Aguilar ■ Rosa María Piñón

Víctor López Villafañe ■ Andrés Peñaloza

LA JORNADA EDICIONES



INSTITUTO DE ESTUDIOS
DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Reconstruir la soberanía

México en la globalización

Luis González Souza
(coordinador)

Julieta Campos
Iván Azuara
Silvia Gómez Tagle
Hugo Aboites
Cecilia Loria
Alberto Arroyo
Alonso Aguilar
Víctor López Villafañe

Rosa Albina Garavito
Emilio Krieger
Magdalena Gómez
Florence Toussaint
John Saxe-Fernández
Rosamaría Villarello
Rosa María Piñón
Andrés Peñaloza

LA JORNADA EDICIONES



INSTITUTO DE ESTUDIOS
DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Primera edición: noviembre de 1998.
Derechos reservados
©Instituto de Estudios de la Revolución Democrática
© Demos, Desarrollo de Medios, S.A. de C.V.
La Jornada Ediciones,
Petrarca 118, col. Chapultepec Morales
México, D.F.

ISBN 968-6719-18-0

Impreso y hecho en México

Unidad latinoamericana ante la globalización

*Alonso Aguilar Monteverde**

Soberanía, globalización y Estado-nación

¿Qué relación existe entre la soberanía nacional y la unidad regional? Lo cierto es que no es fácil comprender la forma en que se interconectan una y otra, y por ello a menudo se advierten opiniones muy diversas y aun encontradas al respecto. Empezando con la soberanía, mientras algunos la consideran punto menos que absoluta, otros en cambio parecerían sugerir que está en entredicho y que el Estado-nación es cada vez más débil e incluso está en vías de desaparecer.

La soberanía no es un concepto absoluto ni estático. Es más bien una categoría histórica cuyo funcionamiento, en tal virtud, es variable. Es una noción fundamental tanto en el derecho (constitucional e internacional) como en la ciencia política, que se asocia al nacimiento y desarrollo del Estado moderno, a partir de mediados del siglo XVII y aun desde el XVI, en un momento histórico que anuncia también el inicio del capitalismo. La soberanía del Estado remite a la autoridad de éste como comunidad política por excelencia, para gobernar y elegir la forma de organización que se prefiera, para expedir leyes, establecer cierto orden, ejercer el control de determinado territorio y actuar con autonomía dentro de un sistema de Estados, sin que otros puedan intervenir en sus asuntos internos. Y como el Estado moderno no opera en forma aislada, sino como parte de un sistema o conjunto de Estados, puede decirse que la soberanía tiene una dimensión interna y una internacional, que en cierto modo se apoyan mutuamente. Desde los primeros tratados internacionales —como el de

* Coordinador general de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA).

Westphalia en 1648—, gracias al reconocimiento de la autonomía frente a posibles interferencias externas, los Estados pudieron ejercer su soberanía en sus propias sociedades. “O sea que, en un grado significativo la capacidad de ser soberano provino de *afuera*, a través de acuerdos entre los Estados en una nueva sociedad de Estados.” El Estado-nación refuerza en realidad la concepción de un “poder soberano... en un territorio dado”, y el nacionalismo incluso “extiende y profundiza el alcance de la soberanía”.¹

Mas alguien podría decir: Todo ello fue cierto hasta hace poco tiempo, pero el mundo de nuestros días es diferente. Y en efecto, si bien desde los propios Estados y gobiernos se reitera que su acción expresa y representa el ejercicio de una soberanía intocable, abundan los hechos que dan cuenta de que la realidad es otra bien distinta.

Ciertos autores y numerosas personas piensan que vivimos en un momento en que lo nacional —incluida la soberanía— tiende no sólo a debilitarse y perder significación, sino a volverse un concepto invigente y vacío, en rigor ya inaplicable. En un interesante y muy comentado libro, el profesor Robert Reich, por ejemplo, escribe: “Estamos viviendo a través de una transformación que reestructurará la política y la economía del próximo siglo, en el que no habrá productos o tecnologías *nacionales*, ni corporaciones nacionales ni industrias nacionales. No habrá ya más economías nacionales, al menos como hemos entendido el concepto hasta ahora. Lo único que seguirá teniendo raíces dentro de las fronteras nacionales será la gente que comprende una nación”.²

El propio autor comenta que las corporaciones y los inversionistas se están desconectando de sus naciones de origen, y se pregunta: ¿No es la idea misma de un Estado-nación ya anacrónica?³ Más adelante señala que así como la producción manufacturera de alto volumen estimuló el nacionalismo económico; en la actual, de alto valor agregado en la que adquieren creciente importancia los servicios y que se relacionan estrechamente con la producción de bienes, se trabaja en complejas y tupidas redes de empresas que operan a escala internacional, en el marco de una creciente globalización. Y añade: “La tendencia es mundial. Los campeones nacionales están convirtiéndose en todas partes en telarañas globales sin conexión específica con

¹ Paul Hirst y Grahame Thompson, *Globalization in Question*, Cambridge, Polity Press, 1996, p. 172.

² Robert Reich, *The Work of Nations*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1991, p. 3.

³ *Ibid.*, p. 9.

ninguna nación.”⁴ Lo que no significa que los intereses nacionales dejen de existir. Mas lo que ahora importa es contribuir al máximo a enriquecer la economía global, a partir del conocimiento y la destreza de los habitantes de un país —pues esos son en realidad sus principales recursos tecnológicos— y de su capacidad para vincularse al mercado global.⁵

Una variante de las opiniones según las cuales está perdiendo importancia el Estado-nación, es la del economista Kenichi Ohmae, quien piensa que, bajo la influencia de la información y la tecnología, vamos hacia un mundo sin fronteras. En su opinión, “... el crecimiento reclama dejar entrar a la economía global, no dejarla afuera.” Los países que no lo comprenden, en realidad se aíslan y no reciben el impulso de los nuevos motores que mueven a la economía. Para Ohmae, empieza a surgir un nuevo tipo de economía y aun de Estado, de carácter regional, un nuevo “modelo” abierto a la economía global, que comprueba que no son ciertas naciones en su totalidad, sino más bien ciertas regiones y actividades que pueden o no estar dentro de las fronteras de una de aquéllas, los ejes del desarrollo. “Para los Estados-naciones y en particular para sus dirigentes, lo fundamental sigue siendo la protección de territorios, recursos, empleos, industrias y aun ideologías.” Para el Estado-región, en cambio, lo que importa es la dinamización del crecimiento; por eso la importancia de regiones como el norte de Italia; la de Baden-Würtemberg, en Alemania; la de Hong Kong y el sur de China; el Valle de Silicón y la costa de California, San Diego-Tijuana; la de Tokio y alrededores y Osaka-Kobe-Kioto, en Japón, y otras. Es desde regiones como esas, según el autor, que “provendrá la parte del león del futuro crecimiento económico.”⁶

Ohmae sostiene que mientras el Estado-nación, supuestamente en nombre del “interés nacional resista a la erosión de poder central como si fuera una amenaza a la soberanía”, no contribuirá a la prosperidad ni a mejorar la calidad de vida. En tanto que su acción sería importante “como un catalizador eficaz de las actividades de las regiones”.⁷ Pues como bien observa Paul Krugman, el “milagro” que representaron los nuevos países industriales de Asia no se repetirá en los próximos años, en los que, en cambio, probablemente ciertas re-

⁴ *Ibid.*, pp. 32, 96 y 131.

⁵ *Ibid.*, pp. 152 y 153.

⁶ Kenichi Ohmae, *The End of the Nation State*, The Free Press, 1995, pp. 30, 62, 79, 80, 81 y 86.

⁷ *Ibid.*, p. 136.

giones de esos países —dentro de nuevos modelos y con autonomía— sigan creciendo con gran rapidez.⁸

Alcance real de la globalización

¿Hasta dónde, en realidad, estamos en una situación en que la globalización limite grandemente las acciones nacionales? La respuesta depende de qué se entienda por globalización y en qué medida esté o no presente, cuestiones en torno a las cuales hay todavía bastante ambigüedad y opiniones muy diversas.

Una primera opinión, generalmente conservadora, tiende a restarle importancia, a menospreciar los cambios, a ver el proceso desde posiciones políticas nacionalistas y aun religiosas estrechas, y a pensar que las relaciones sociales sólo se desenvuelven en el marco de ciertas unidades territoriales.⁹

Entre los liberales podrían distinguirse los nuevos (o neoliberales) y ciertos viejos liberales reformistas. Pues bien, los primeros suelen ser especialmente convencionales y apologeticos, al pensar que la libertad comercial y las fuerzas del mercado dejadas a su suerte, la democracia electoral y la nueva tecnología nos llevarán a un mundo interdependiente, armonioso y próspero. Y muchos de ellos exageran el alcance de la desterritorialización y postulan el fin de la geografía, de la historia y la soberanía; y suponen que la globalización es beneficiosa, sin reparar en la creciente desigualdad, pobreza, violencia y degradación ecológica que en realidad se padecen.¹⁰ Los viejos liberales, en cambio, creen que todo irá bien si el Estado, con medidas reguladoras prudentes, se encarga de suavizar las “imperfecciones del mercado.”

Junto a las posiciones anteriores, más o menos ortodoxas, hay otras en las que, si bien con explicables discrepancias, empieza a abrirse paso un pensamiento crítico y renovador. En tales posiciones se advierten ideas como éstas:

1. La globalización no es un hecho aislado ni de última hora; se relaciona con el desarrollo del capitalismo internacional y del sistema interestatal. Es un nuevo momento del proceso de internacionaliza-

⁸ Véase Paul Krugman, *Pop Internationalism*, y K. Ohmae, *op. cit.*, pp. 144, 145 y 149.

⁹ *Globalization: Theory and Practice*, editado por Eleonore Kofman y Gillian Youngs, Pinter, Londres y Nueva York, 1996, pp. 49-50.

¹⁰ *Ibid.*, p. 51

ción, que para algunos corresponde y para otros supera al de las empresas transnacionales.

2. La globalización no es algo acabado; es una tendencia que se desenvuelve desigualmente y que, como tal, no es inevitable ni irreversible.

3. Ofrece una nueva perspectiva para el análisis de las relaciones sociales. Y “en una ruptura cualitativa con el pasado y como signo de que esas relaciones tienen otro carácter, muchas conexiones se vuelven instantáneas...” Modifica las nociones de espacio y tiempo. Algunos hablan incluso de “... un nuevo espacio de flujos, junto al viejo espacio de lugares...” y señalan que “en el globalizado mundo de hoy la gente puede relacionarse entre sí, sin importar su posición longitudinal y latitudinal, como si estuviera en un plano supraterritorial.” La nueva economía política del espacio permite reconocer que el mundo no está ya sólo “allá” sino “aquí y ahora.”¹¹

4. La globalización “impulsa los procesos en que las redes de comunicaciones y los sistemas de producción entrelazan los niveles locales y globales, por lo que las relaciones sociales no pueden ya concebirse sólo en términos locales...”¹²

5. Para algunos autores, la globalización de la que hablan los globalizadores a ultranza es un mito. En rigor, tal fenómeno supone “el desarrollo de una nueva estructura económica, y no sólo un cambio coyuntural hacia un mayor comercio e inversión internacionales, dentro del sistema ya existente de relaciones económicas...” Y como “... el nivel de integración, interdependencia, apertura, o como quiera describirse, de las economías nacionales en nuestro tiempo no es algo sin precedentes...”, “es dudoso que hayamos entrado a una fase radicalmente nueva en la internacionalización de la actividad económica...” Lo que, sin embargo, no significa que las cosas no hayan cambiado. Por el contrario, “... en la economía internacional hay reorganizaciones en proceso que requieren con urgencia una respuesta imaginativa...”¹³

6. “La nueva división internacional del trabajo y de la producción, al abarcar el fordismo, el neofordismo, el toyotismo, la flexibilización y la terciarización, todo esto ampliamente agilizado y generalizado con base en las nuevas técnicas electrónicas, esta nueva división internacional del trabajo concreta la globalización del capitalismo en términos geográficos e históricos.” Y como dice Palloix:

¹¹ *Ibid.*, pp. 43, 45 y 47.

¹² *Ibid.*, p. 117.

¹³ Paul Hirst y Grahame Thompson, *op. cit.*, p. 49.

“La internacionalización del capital, como relación social —y otros hablan de su mundialización—, extiende el proceso del trabajo al plano mundial y fragmenta el trabajo social no sólo en los ámbitos local, regional y nacional, sino en el mundo como un todo.”¹⁴

7. La globalización se entrelaza e incluso supone una profunda reestructuración; esto es, un proceso que modifica las formas de producción y distribución de bienes y servicios, y que se desenvuelve en las empresas y otras organizaciones y afecta el movimiento todo del capital y de la fuerza de trabajo.¹⁵

8. Se habla de mercados y productos globales, comentan a su vez otros autores, sin reparar en que millones de personas no tienen acceso a ellos ni pueden comprar lo que ahí se vende;¹⁶ y en las finanzas “globales”, la mayor parte de la gente “no puede adquirir un préstamo para construir una vivienda...”¹⁷

9. “La globalización no es realmente global. Las actividades comerciales de las transnacionales se concentran en el mundo industrial y en enclaves dispersos del mundo subdesarrollado... Y, sin embargo, los procesos de globalización están alterando el carácter de las naciones en todas partes y la calidad de vida dentro de sus fronteras. Y al mismo tiempo el nacionalismo está en ascenso...”¹⁸

¹⁴ Octavio Ianni, *Teorías de la Globalización*, México, Siglo XXI Editores, 1996, pp. 33 y 37.

¹⁵ Véase Alonso Aguilar M., “Crisis, reestructuración, neoliberalismo y desarrollo”, en *Crisis-Globalización-Alternativas*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1996, p. 48. Lo que caracteriza a los nuevos sistemas de producción flexible “... es la combinación de nuevas formas de organización con el uso de maquinaria cada vez más sofisticada, para producir más con menores recursos y menos trabajo. Esta nueva forma de organización... permite mejores tecnologías, reduce costos, combina —en vez de separar— el trabajo manual e intelectual, no requiere de grandes almacenes e inventarios, vuelve más fácil diferenciar la producción y cambiar de modelos en respuesta a modificaciones de la demanda; sustituye la supervisión jerarquizada y oficinesca por el trabajo en equipo, junto al proceso productivo mismo; estimula la iniciativa del trabajador, diversifica la producción y mejora grandemente la calidad, reduce los paros por fallas, reorganiza y racionaliza el flujo de abastecimientos, a través del sistema ‘just in time’ y, en resumen, combina las ventajas de la producción artesanal y de la producción en masa, y supera a ambas en costos y flexibilidad”.¹⁶

¹⁶ *Ibid.*, pp. 49-50 y Jeremy Rifkin, *The End of Work*, Nueva York, 1995, pp. 90 a 106.

¹⁷ Richard J. Barnet y John Cavanaugh, *Global Dreams*, Nueva York, Simon & Shuster, 1994, pp. 419 y 420.

¹⁸ *Ibid.*, p. 427.

10. En fin, lejos de que la globalización traiga consigo una armoniosa y equitativa interdependencia, en la medida en que es una fase de transición de viejas a nuevas y más complejas formas de operación del capital, en ellas se acentúan la dependencia, la incertidumbre y la inestabilidad, así como sus múltiples contradicciones.¹⁹

Globalización y soberanía

¿Cómo afecta la globalización a la soberanía? Para saberlo es preciso saber cómo influye sobre el Estado.

A propósito de la relación con el Estado, la globalización permite verlo no en forma abstracta, singular, aislada —esto es como un pez fuera del agua— sino con otros, o sea en la multiplicidad propia del moderno sistema de Estados.²⁰

Ya vimos que, según algunas personas, la globalización limita grandemente la capacidad de acción de los Estados nacionales, debido principalmente al poder de las empresas transnacionales y a que éstas desbordan con mucho a sus países de origen. De acuerdo con diversas investigaciones, sin embargo, el nivel de globalización y aun de transnacionalización se exagera, pues lo cierto es que “los negocios internacionales se mantienen en conjunto en sus territorios domésticos; en ellos tiene todavía gran importancia su origen nacional y continúan siendo empresas multinacionales más que transnacionales. Lo que significa que la regulación de tales empresas no rebasa los poderes de los gobiernos nacionales...”²¹

El Estado, se hace notar a menudo, no es pasivo; no es sólo víctima de la globalización, sino incluso un actor importante en ese proceso. Y a la vez, “nos encontramos en un clima ideológico en que se han debilitado los planteamientos de la soberanía nacional en favor de los de la globalidad y en que se han oscurecido los derechos de los pueblos frente a los de los individuos. O como señala David Held: “... la teoría política del Estado soberano muestra... desajustes frente a la realidad del mundo actual...”²² Y este propio autor hace notar que “como el nuevo orden global escapa al control de las instituciones democrá-

¹⁹ Véase *Globalización: desafíos en el mundo de hoy*, Análisis de Coyuntura, núm. 2, Asociación por la Unidad de Nuestra América, La Habana, 1997, p. 5.

²⁰ *Globalization: Theory and Practice...* pp. 106-107.

²¹ Hirst y Thompson, *op. cit.*, p. 98.

²² Pablo González Casanova, “Globalidad, neoliberalismo y democracia”, en *El Mundo Actual, Situación y Alternativas*, autores varios, México, Siglo XXI Editores, 1996, pp. 45 y 46.

ticas que se localizan en el plano nacional, ello significa que la democracia se ha convertido en un asunto transnacional..."²³

Probablemente ciertos Estados, más que debilitarse y no poder ejercer sus funciones, están en un proceso de transformación y reorganización que cambia sus formas de funcionamiento. Para mantener su posición privilegiada, los países más desarrollados utilizan, según Samir Amín, cinco monopolios que, por cierto, desafían la totalidad de la teoría social. Esos monopolios son: 1) el tecnológico, 2) el de los mercados financieros mundiales, 3) el de acceso a los recursos naturales del planeta, 4) el de los medios de comunicación y 5) finalmente, el de las armas de destrucción masiva. "Estos cinco monopolios, tomados como un todo, definen el marco dentro del cual opera la ley del valor globalizado."²⁴

En resumen, si bien algunos cambios de las últimas décadas son profundos y reclaman nuevos y más rigurosos análisis, no parece que el sistema de relaciones internacionales y menos que el Estado-nación estén llegando a su fin. Las relaciones sociales, y por tanto el ámbito mismo de la ciencia social, rebasan seguramente a las posiciones nacionalistas tradicionales y no se centran ya en torno al Estado ni a un territorio nacional determinado. Mas los hechos comprueban que el peso y la influencia de los países más desarrollados en la economía supuestamente global siguen siendo muy grandes; que la dominación-dependencia persiste y aun se acentúan; que los Estados, economías y acciones nacionales, en particular de los países más fuertes, lejos de ser irrelevantes frente a los nuevos poderes transnacionales, continúan jugando un papel fundamental en el sistema económico y político, y que su capacidad de regulación, aun admitiendo que en ciertos planos se haya reducido, no por ello es deleznable y menos aún, ya inexistente.

Como observan ciertos autores, dentro de la nueva economía internacional destacan: 1) El peso de los países industriales; 2) la progresiva internacionalización de los mercados de dinero y capitales; 3) el creciente comercio internacional de manufacturas entre los países industriales; 4) el desarrollo cada vez mayor de empresas internacionalizadas, aunque la inversión extranjera directa es todavía menor de lo que se supone, y 5) acaso lo más importante y duradero: la formación

²³ Leo Penich, "Globalization and the State", en *Between Globalism and Socialism. The Socialist Register 1994*, Londres, The Merlin Press, 1994, p. 62.

²⁴ Samir Amín, "El futuro de la polarización global", en *El Mundo Actual, situación y alternativas*, op. cit., pp. 9 y 10.

de bloques comerciales y económicos regionales, que hacia afuera pueden traducirse en nuevas formas de proteccionismo, y cuyo saldo más probable es una economía internacional regionalizada y dominada por los tres grupos de países más fuertes a los que encabezan otras tantas potencias: el TLCAN (Estados Unidos), la Unión Europea (Alemania) y la Cuenca del Pacífico (Japón, con o sin otros países industriales asiáticos).²⁵ Y a propósito de Asia, lo verdaderamente nuevo puede ser el papel de China en el siglo que está por abrirse.

Sobre todo entre los Estados más fuertes, hoy se advierten nuevas formas de organización, de ejercicio de la soberanía, de regulación, en las que los Estados participan con otras entidades y organizaciones, que, sin embargo, ellos mismos crean y legitiman. “La soberanía es alienable y divisible, pero los Estados adquieren nuevas funciones incluso cuando ceden poder... Si la soberanía tiene hoy importancia decisiva como rasgo distintivo del Estado-nación, ello es porque el Estado actúa como fuente de legitimidad al transferir poder o sancionar otros poderes tanto hacia arriba como hacia abajo para hacer posible la gobernabilidad en el plano internacional y en el interno de cada país.”²⁶

Lo que, como dice Poulantzas, demuestra que el Estado “... sigue jugando un papel central en la organización, sanción y legitimación del poder de clase bajo el capitalismo”. Cuando se subraya la importancia del proceso de internacionalización, con frecuencia no se repara en el hecho de que el propio Estado tiende a internacionalizarse.²⁷ Por ello, “así como es esencial entender y analizar el capitalismo como un sistema mundial, es igualmente necesario reconocer que cada empresa capitalista se relaciona con el sistema mundial a través, y eventualmente, descansando en el Estado-nación...” Y si persisten ciertos problemas, ello no obedece a fallas o vicios de las empresas multinacionales o a la supuesta disminución de los Estados-naciones en los países industriales avanzados, sino a que —como recuerda Harry Magdoff— “son inherentes a la naturaleza de la sociedad capitalista.”²⁸

²⁵ Paul Hirst y Grahame Thompson, *op. cit.*, pp. 196-200.

²⁶ *Ibid.*, p. 190.

²⁷ Leo Panich, “Globalization and the State”, en *The Socialist Register, 1994*, Londres, The Merlin Press, 1994, pp. 67 y 90.

²⁸ L. Mészáros, *Beyond Capital*, Londres, The Merlin Press, 1995, p. 154.

Unidad y soberanía en los países subdesarrollados

Y ¿qué ocurre en los países subdesarrollados?

Aunque éstos se mueven en el mismo escenario, su situación es diferente y más difícil que la de las naciones desarrolladas. Algunas de esas diferencias son:

1. La dependencia no es privativa de los países subdesarrollados, pero en ellos es mayor y más profunda.

2. El impacto de una crisis tan persistente y tan severa como la actual es también más fuerte en esos países, cuya base productiva y su inserción en la economía mundial son más débiles.

3. Si bien el Estado sigue jugando un papel importante, su capacidad de acción y de regulación se reduce sensiblemente, a consecuencia: 1) de la crisis que afecta y limita la eficacia de los mecanismos de regulación; 2) de la política neoliberal, cuyo antiestatismo impide que el Estado haga a menudo incluso lo que sí está a su alcance; 3) de la derechización, que acentúan la desigualdad, la pobreza de millones de personas y la inestabilidad social, y 4) de una globalización que se traduce en movimientos comerciales y financieros difíciles de controlar, en creciente influencia de la inversión extranjera e incluso en un sistema de toma de decisiones en que el peso de algunas grandes potencias (en el caso de México, Estados Unidos) y de ciertos organismos internacionales (FMI, Banco Mundial, BID, OMC) y otros, es muy grande, no sólo en asuntos concretos (TLCAN), sino en el trazo y ejecución de la política de desarrollo en su conjunto.

4. Y en el marco de esa dependencia estructural, que sin duda lesiona la soberanía y reduce la capacidad de autodeterminación, las grandes potencias y sobre todo Estados Unidos y el neoliberalismo pretenden imponernos incluso un "modelo" de democracia —en rigor una burda y extralógica copia de otros sistemas— según el cual "el libre comercio", el mercado y la privatización, son la base de una economía estable y próspera e incluso de las libertades civiles y políticas. O sea que nuestros países se debaten entre regímenes autoritarios y antidemocráticos que impiden el libre ejercicio de los derechos humanos esenciales, y democracias a medias, "viables", neoliberales o de "baja intensidad", supuestamente representativas, y en las que su soberanía nacional es fácil y grandemente lesionada, entre otras cosas porque en ellas no existe una genuina soberanía popular.

Probablemente hoy día muchos mexicanos comprenden que la política neoliberal no conduce a la estabilidad ni a un desarrollo que mejore las condiciones de vida de la mayoría, y que, en rigor, tal polí-

tica no fue tampoco la que hizo posible el progreso de otros países. Pero acaso sea más difícil entender que la libertad comercial y la democracia neoliberal, que en el mejor de los casos modifican ciertas formas sin tocar el fondo, y que hacen del mercado, de la mercantilización y de la compra-venta de todo el eje del desarrollo social y político, en realidad son formas de organización importadas, ajenas a nuestras condiciones y posibilidades, y estrategias que al elevar ciertas categorías al más alto nivel, lo que en verdad persiguen es fortalecer una estructura antidemocrática y antinacional de dominación, que fundamentalmente sirva a poderosos intereses extranjeros y a los pequeños grupos de mexicanos asociados y, casi siempre, subordinados a ellos de una u otra manera.²⁹

Lo que tampoco es verdadera democracia es que en nombre de una renovada, abstracta y desdibujada "sociedad civil", de la libertad individual y de la "governabilidad", toda descalificación del Estado, limitación de sus facultades o privatización se anuncie como "victoria del pluralismo y de la democracia", sin reparar en que ello también suele ser sólo una forma de favorecer a las minorías nacionales y extranjeras más poderosas.³⁰

En los Estados industriales "del bienestar", hasta principios de los años setenta el progreso se buscó sustrayendo al mercado y a la economía mercantil importantes actividades económicas y sobre todo sociales y culturales; pero como observa Claus Offe, cuando esa "desmercantilización" empezó a reducir la rentabilidad y a afectar al capital, la respuesta "lógica" de éste fue "remercantilizar", esto es volver al *laissez-faire*, resucitar las "fuerzas del mercado", principalmente quitando funciones y facultades al Estado, y privatizándolas o aboliéndolas.³¹ Y cuando ello ocurre algunos países subdesarrollados se vuelven un espacio atractivo para que el capital, sobre todo transnacional y de grandes empresas nacionales, se reestructure e intente elevar la tasa de ganancia a través de esa "remercantilización", a menudo neoliberal.

Ahora bien, el hecho de que todo ello lesione, debilite y haga más difícil ejercer la soberanía nacional, desde luego no significa que ésta sea ya algo invigente, vacío y sin posibilidad de aplicación real.

²⁹ Véase William Graf, "The State in the Third World", en *The Socialist Register*, 1995, Londres, 1995, pp. 146 y 147.

³⁰ *Ibid.*, pp. 147 y 149.

³¹ *Ibid.*, p. 143.

Antes al contrario, el que hoy sea más difícil —aun cuando en realidad nunca fue fácil— ejercer esa soberanía, subraya la necesidad de desplegar mayores esfuerzos que nunca para ser verdaderamente soberanos. Y aunque al respecto no hay caminos cortos que abrevien el recorrido y faciliten las cosas, ciertas condiciones y líneas de acción pueden volverlas menos difíciles.

1. La Constitución mexicana, en su artículo 39, establece que “la soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo.” Pues bien, ello significa que la soberanía popular es condición de aquélla. Esto es que sin una genuina democracia en la que el pueblo ejerza el poder, la minoría que realmente lo hace, no representa el interés de la nación ni ejerce la soberanía nacional.

2. Soberanía nacional y democracia no son dos términos meramente formales o legales. El primero significa un derecho real de autodeterminación, y el segundo no sólo que los ciudadanos voten cada tres años y su voto se respete, sino que sean quienes gobiernen o al menos intervengan directamente en la toma de decisiones fundamentales, en una sociedad menos desigual.

3. Son múltiples las formas en las que soberanía y democracia se entrelazan. Por ejemplo, donde privan gobiernos minoritarios y antidemocráticos, la unidad de las heterogéneas y amplias fuerzas populares interesadas en un cambio, se vuelve condición necesaria para que una lucha exitosa modifique la correlación social y política y haga posible una reestructuración democrática, que permita ejercer la soberanía. Lo que quiere decir que cierta unidad es también importante para ser soberano.

4. Pues bien, esas luchas se libran fundamental y aun casi exclusivamente en marcos nacionales, y probablemente así seguirá siendo en el futuro inmediato. Pero si en las condiciones actuales persisten posiciones nacionalistas parroquiales, estrechas y conservadoras o se cae en el error de volver atrás y revivir viejas posiciones liberales populistas, las perspectivas serán cada vez más limitadas y con frecuencia terminarán esas luchas en dolorosas e innecesarias derrotas.

5. En el internacionalizado mundo de nuestros días será cada vez más difícil ejercer la soberanía y lograr, por las vías tradicionales, cierta independencia. Nuestros países tendrán que actuar no en forma aislada, dispersa y débil sino conjugando esfuerzos en el ámbito regional, en procesos de integración y desarrollo que permitan utilizar mejor el potencial conjunto de recursos y enfrentarse, unidos, a problemas comunes como son hoy, entre otros y particularmente,

los llamados problemas “globales.” Y sin perjuicio de ello, lo que aisladamente haga cada país en busca de una mejor relación con otros —como puede ser el caso de México para modificar aspectos negativos del TLCAN— tendrá que hacerse también resueltamente.

6. Sabemos que apenas se hable de integración y unidad de Nuestra América, los voceros del escepticismo y el catastrofismo dirán que todo ello es una quimera, una ilusión, y que lo único “realista” es que aceptemos las cosas como son y la subordinación que padecemos, como signo de nuestro destino.

7. Desde luego la integración y la unidad latinoamericana y caribeña no son fáciles, y lo más probable es que muy poco o nada consigamos mientras:

- Nuestra posición —como acontece hoy en buena medida— quede en planos declarativos y retóricos, y unas cosas sean las que se dicen y otras, bien distintas, las que se hacen;
- La solución a los problemas se conciba como un asunto burocrático, en el que sólo los gobiernos y sus decisiones —tomadas de arriba abajo— importen y nada corresponda hacer a los demás, esto es a los pueblos, de abajo hacia arriba y por nuevos cauces;
- La integración sea vista no como un complejo y rico proceso cuyos diversos elementos se entrelacen y refuercen, sino como algo meramente comercial o económico, en donde aquélla se reduzca a crear una zona de libre comercio o una unión aduanera;
- La integración se proyecte unilateralmente en forma aislada, sin relación estrecha con el desarrollo, y a partir de la falsa idea de que la mejor política es no tener ninguna, y de que el “mercado libre”, el móvil de lucro y ciertos acuerdos comerciales como el TLCAN, bastarán para que nuestras economías progresen y la riqueza y el ingreso se repartan mejor;
- Se piense que la integración regional vendrá de afuera hacia adentro y que podremos cohesionar y fortalecer la economía latinoamericana y caribeña en su conjunto, sin lograr que la de cada país se integre internamente también, se articule y funcione mejor;
- No se tome debidamente en cuenta a la geografía, la historia y en general los hechos que han determinado lo que hoy es Nuestra América, se pretenda hacer caso omiso y aun romper la relación con los países más desarrollados, como si el aisla-

miento de la comunidad internacional fuera la condición de nuestro progreso;³²

- No logremos crear conciencia en la población acerca de la importancia de la integración regional y la unidad, a partir de una nueva identidad cultural en la que, sin dejar de estar presentes los rasgos propios de cada país, empiece a conformarse una nueva identidad regional latinoamericana y caribeña, que por encima de diferencias destaque y afirme lo que hay de común, como uno de nuestros más ricos valores culturales.

Lo que quiere decir que la unidad regional, por sí sola, no cambiará tampoco las cosas. Su papel dependerá de qué se acuerde, cómo, con quién y para qué, y de que la unidad cultural, social, económica y en un momento dado política, permita una mayor comprensión de nuestra historia y de nosotros mismos, y a la postre se exprese en un nuevo orden jurídico que actualice y afirme la soberanía nacional, y a la vez haga posible conjugar esfuerzos en bien de todos. O en otras palabras.

1. A la globalización desde arriba y desde afuera, que en gran medida sigue siendo dominación imperialista, tenemos que ser capaces de responder, no con un nacionalismo estrecho, conservador y excluyente, sino con una regionalización e internacionalización desde abajo y desde adentro, que refuercen nuestra soberanía y la unidad de Nuestra América. Y el que en el marco de las angostas, dependientes y antidemocráticas estructuras de poder actuales se lesione nuestra soberanía, como ya dijimos, significa que debemos luchar por ella con mayor decisión que nunca, y hacerlo de nuevas y más eficaces maneras, a fin de encarar con éxito las nuevas realidades, y sobre todo aquellas que entrañan verdaderos retos.

2. O sea que la alternativa que hoy se ofrece ante nosotros como viable no es, desde luego, que nos sustraigamos a los cambios e ignoremos incluso aquellos que más nos afectan. Por el contrario, desde la amplia y heterogénea constelación de fuerzas que empieza a tomar cuerpo y que es preciso impulsar, debemos comprender que la lucha por la soberanía popular y nacional, por la democracia y la unidad de Nuestra América es precisamente eso, una lucha, una dura y acaso

³² Nada de eso. Aquí cabría recordar lo que en su brillante ensayo "Nuestra América", escribió hace ya mucho tiempo José Martí, y que conserva plena vigencia: "Injérese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas..."

larga lucha y no un asunto académico ni un mero trámite o gestión de otro orden. Una lucha además, en verdad revolucionaria, pues sin una transformación social profunda no lograremos ni integración ni desarrollo independiente, y la "alternativa" se reducirá a aceptar una u otra forma de capitalismo deforme y dependiente, y es una sola lucha desde la cual podemos legítimamente aspirar a una mejor inserción de nuestros países en la economía internacional y el mundo de hoy.

2. Forjar una nueva estrategia capaz de tener éxito no es sólo hilvanar ideas coherentes en planos verbales. Es mucho más que eso. Consiste en movilizar, unir, organizar, llevar a la acción a múltiples fuerzas, establecer con claridad lo que se persigue y asegurar los medios que permitan triunfar.

3. En el mundo "global" de nuestros días ello es difícil, pero, por fortuna, también posible, sobre todo si las fuerzas que buscan el cambio superan sus posibles discrepancias y se unen. La unidad de esas fuerzas heterogéneas es fundamental. Pues como alguna vez dijo Martí: "Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas. Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes."

Índice

Introducción	
Soberanía renovada, globalización democrática	7
<i>Luis González Souza</i>	

PRIMERA PARTE LA DIMENSIÓN NACIONAL

Soberanía, bienestar y proyecto nacional	15
<i>Julietta Campos</i>	
Proyecto económico para una nación soberana	25
<i>Rosa Albina Garavito Elías</i>	
Ciencia y tecnología para un desarrollo soberano y sustentable	37
<i>Iván Azuara Monter</i>	
Democracia, libertades y soberanía nacional	51
<i>Emilio Krieger</i>	
Camino a la democracia	57
<i>Silvia Gómez Tagle</i>	
Autonomía indígena, soberanía e identidad pluricultural	67
<i>Magdalena Gómez Rivera</i>	
Educación y soberanía nacional	77
<i>Hugo Aboites</i>	
Soberanía y medios de comunicación	89
<i>Florence Toussaint</i>	
Nuevas identidades en la construcción de lo público	95
<i>Cecilia Loria</i>	

SEGUNDA PARTE
LA DIMENSIÓN INTERNACIONAL

Redefinición de vínculos con Estados Unidos <i>John Saxe-Fernández</i>	105
Reformas al Tratado de Libre Comercio de América del Norte <i>Alberto Arroyo Picard</i>	123
Reencuentro con los países del Sur <i>Rosamaría Villarello Reza</i>	133
Unidad latinoamericana ante la globalización <i>Alonso Aguilar Monteverde</i>	141
La Unión Europea, opción estratégica para México <i>Rosa María Piñón Antillón</i>	157
Acercamiento a la región del Asia-Pacífico <i>Víctor López Villafañe</i>	169
Deuda externa y soberanía a la luz de la Constitución <i>Andrés Peñaloza Méndez</i>	181